

eclecticismo trascendental y de buen ver el mon-
tón anónimo de los poetas de rigurosa antigüedad,
de las medianías que no hacen más que *piétiner
sur place*, como dicen los franceses muy gráfica-
mente.

Mentira me parece, lo declaro, que hombres á
quienes sus gustos y ocupaciones llevan constante-
mente á la lectura de los grandes autores, de emi-
nentes poetas y filósofos, cuando bajan á la calle
á ver la literatura nacional de cada día, lleno aún
el ánimo de las profundas, graves, *escogidas* pre-
ocupaciones que sus lecturas y reflexiones les
dejan, tengan humor para fingir que les parece
admirable la secreción misérrima de tantos *vates*
ignorantes, insípidos, prosaicos, en suma; ni si-
quiera buenos retóricos, ni siquiera verdaderos
amigos de la naturaleza, ni siquiera testigos fieles
de la realidad, que ven y tocan y describen. Yo
más bien creería que lo espontáneo, lo sincero
en tal situación, sería quejarse de las malas impre-
siones vivamente sentidas que producirá el con-
traste de lo bobo, rastrero, insignificante, soso y
vulgar, con lo grande, intenso, fuerte, profundo,
delicado, que se acaba de ver; y también me expli-
caría que tales quejas fueran de vez en cuando
interrumpidas por gritos de júbilo, por *artículos de
crítica simpática, bondadosa*, los pocos días que
algún verdadero ingenio natural, de los escasos que

tenemos, hicieran recordar con algo suyo el género
de bellezas de aquella otra región superior en que
la conciencia del crítico supuesto ordinariamen-
te vive.

III

Otra de las teorías de que se ha echado mano
para obligarnos á tolerar que haya docenas de
poetas que deben leerse entre los que hoy en Es-
paña quieren prosperar, es más especiosa que la
anterior, y consiste en oponerse á la opinión de
Horacio, tantas veces repetida, admitida por mu-
chos sin bastante reflexión, según la cual, en poesía
no puede admitirse lo mediano.

En este punto no hay más remedio que admiti
distingos. Por de pronto, lo más práctico aquí es
atender á que por la puerta de lo mediano se nos
quiere meter lo malo. Admítase, provisionalmente
á lo menos, que en poesía lo mediano no es malo.
Bien; ¡pero lo malo sí!

Y aun de lo mediano propiamente tal, hay mu-
cho que hablar. Por lo menos, Schopenhauer, que
en materia de arte y de gusto es de los pensadores
que más han visto, que más se acercaron al ideal
del filósofo artista (como Platón y Renan, v. gr.);
Schopenhauer, en una nota á sus observaciones
acerca de la influencia del poeta en la idea, dice lo
siguiente:

«No necesito decir que en todo lo expuesto me refiero al grande y verdadero poeta, que es cosa tan rara (¡claro!), y que no aludo, ni mucho menos, á la turba conjurada de poetas medianos, rimadores y *cuentistas*, que pululan hoy, sobre todo en Alemania, y á los cuales no debemos cansarnos de gritarles al oído:

*Mediocribus esse poëtis
Non homines, non Di, non concessere columnae.*

»Es necesario considerar seriamente la cantidad de tiempo y de papel malgastados por este enjambre de poetas mediocres y todo el daño que causan; pues, por una parte, el público pide siempre algo nuevo; por otra, se inclina siempre, por instinto, á lo absurdo, á lo vulgar y bajo, más conforme con su propia naturaleza: por esto los escritos medianos le apartan de las verdaderas obras maestras, y le impiden instruirse en su lectura: trabajan, por consiguiente, esos poetas medianos, contra la benéfica influencia del genio; corrompen más y más el gusto, y detienen el progreso del siglo. *La crítica y la sátira debieran, sin miramientos ni piedad, flagelar á los poetas mediocres*, hasta obligarles á emplear sus ocios, por propio interés, en leer lo bueno, en vez de dedicarlos á escribir lo malo. Porque si la torpeza de un ignorante *sin vocación*

ha podido exasperar al apacible dios de las Musas, hasta el punto de hacerle *descortezar* á Marsias, yo no veo qué pueden invocar los poetas medianos para exigir tolerancia (1).»

Larga es la cita, pero á mí me parece llena de enseñanza y muy de actualidad entre nosotros. Se escriben aquí y en América, y hasta en Francia y en Italia, libros y artículos en que se quiere pintar como floreciente nuestra vida intelectual, sobre todo la de fantasía; y tanto por llevar adelante este propósito, como, á veces también, por lucirse demostrando grandes conocimientos y rica erudición en el asunto, se acumulan nombres y nombres, y parece el mejor crítico, el historiador mejor informado, el que hace listas más largas de Gómez, Pérez, Sánchez y Rodríguez líricos. Esta clase de *crítica* se parece á la *literatura de cátedra*, la cual, fuera de contadísimas excepciones, suele estar encomendada á muy apreciables caballeros que hablan de poesía como podrían hablar de enjuiciamiento criminal; y estos tales también se muestran propicios á las enumeraciones largas y sin duelo de vates pasados y presentes, cuyos nombres sirven, ya que no para *enriquecer*, como dicen ellos, el *Parnaso patrio*, para demostrar la buena memoria y tenaz aplicación de los disertantes. Hay

(1) *El mundo como voluntad y representación.*

mucha gente profana metida en el asunto de enterar al mundo de los poetas que *poseemos* ó no *poseemos*; y esta gente profana, como no tiene ni puede tener criterio propio, original arranque del gusto, juzga por datos *oficiales*, forma su especie de expediente á cada aspirante á genio, y, según el resultado de los informes y demás documentos, así le declara poeta ó no; ni más ni menos que pudiera darle un certificado de quintas, ó una licencia de caza, ó la capacidad electoral (1).

Pues contra esta clase de medianías que llevan el vistobueno de otras medianías; contra estos poetas de *Diccionario biográfico* y del *Libro de las cien mil señas*; contra esta clase perniciosa tiene razón Schopenhauer; y no pocos de los sujetos á quien él entendía flagelar, son los mismos que hoy andan por las historias *profanas* de la literatura alemana, los mismos que toman al peso los *sociólogos* que se meten á hablar de estas cosas, y los mismísimos de quien Enrique Heine se burlaba tan graciosamente, con gran escándalo de ciertos graves políticos é historiadores de su tierra. No siendo los verdaderos artistas, los que saben cuán rara flor y cuán delicada es la poesía, pocos son los que, por talento que tengan, no admiten

(1) Este artículo se escribió mucho antes de que el P. Blanco García publicara su disparatada *Historia de la literatura española contemporánea*; pero lo dicho arriba le viene como anillo al dedo.

de todo al tratar de la *prosperidad poética* de un país. Pocos hombres habrá habido en España más discretos que el malogrado profesor D. Francisco de Paula Canalejas; pues este señor, en un discurso del Ateneo, acerca de nuestra modernísima poesía, con ese afán á que me estoy refiriendo de encontrar abundante cosecha poética, iba descubriendo escuelas líricas y colegios de *meistersinger* por todas las provincias de España, y llegaba... á la poesía lírica asturiana, y, no teniendo cosa mejor á mano, la personificaba... en D. Jesús Pando y Valle, redactor en jefe de no sé qué *Boletín de Pósitos!* Sin ir tan lejos, sin llegar á los Pósitos, muchos insisten ahora en aplicar á la poesía lírica española las medidas para áridos y contar los Esproncedas por celemines. ¿Por qué no? ¡Viva la medianía!

Yo bien sé que si vamos á apurar la cuenta, con relación á los poetas mayores, pueden considerarse aún como medianos muchos que una y otra vez hemos alabado como primorosos. Pero ya se sabe que no es en este riguroso sentido en el que se usan las palabras generalmente. Hay que quedar en eso; en llamar grandes poetas, ó por lo menos poetas de primera clase, á los que no lo son comparados con los más célebres, con los ilustres en todo el mundo. En este sentido decía yo antes que había que distinguir. Pero hay

más: también es cierto que en muchas ocasiones escritos de mucho mérito, debidos á personas de gran talento, salen á luz en verso, por circunstancias varias, y sería ridículo desdeñar el contenido, que en prosa nos hubiera deleitado, sólo por seguir el dogma de no tolerar la poesía si no procede de los Homeros y Dantes. Tiene razón que le sobra D. Juan Valera, cuando, tomando desde este punto de vista la cuestión, defiende á las medianías poéticas.

Por otro lado, como observa con razón el citado Julio Lemaître en su libro *Les Contemporains*, hay cierto género de ingenios—hoy abundan, relativamente, fuera de España,—que sin que puedan ser igualados con los genios verdaderos, sin que ofrezcan la variedad y armonía de los artistas mayores, les igualan, y á veces aventajan, por la intensidad ó por la perfección de un singular mérito, de una cualidad especialmente cultivada.

Además, á los ingenios de esta clase, hoy más que nunca, por motivos que sería largo explicar, les ayuda más que se suele creer la reflexión estu-
diosa, la voluntad atenta y constante, porque en el arte moderno todos los elementos *conscientes* y de solidaridad y orden influyen con mucha fuerza, por razón del carácter predominante en toda la vida psíquica del siglo. Prescindir de esta clase de *medianías*—si se pueden llamar así—sería absurdo,

y la censura del filósofo alemán que antes copia-
ba, no puede entenderse que se extendiera á estos escritores. Acaso pueden ser calificados, en cierto modo, de *genios parciales*, si nos atenemos á la clasificación de Guyau, según el cual el genio completo es potencia y armonía; el genio parcial potencia ó armonía.

En la poesía modernísima francesa, por ejemplo, encontramos artistas de este género: no son genios, y sin embargo traen á la poesía, ó una nota nueva, original, ó un progreso formal, y siempre un procedimiento reflexivo, sabio, en el más alto sentido de la palabra, que hace de sus obras una *oportunidad*, una *sugestión* útil, un elemento indispensable en la vida actual artística. Teodoro de Banville, por ejemplo, no es un genio, y sin embargo su *huella* en la poesía francesa es imborrable; lo que él ha hecho es, á su modo, nuevo; supone la obra anterior de los grandes poetas, pero no es una repetición inútil de esta: es algo más y de otra manera; y además es trabajo reflexivo; muestra al lado de la inspiración, la conciencia y la ciencia, y así, junto á *Les Cariatides*, *Les Exilés*, *Odes funambulesques*, etc., podemos colocar, á manera de complemento y comentarios estético, *Le petit traité de poésie française*, libro de tecnicismo métrico y de estética literaria que, apruébense ó no sus teorías, es necesario conside-

rar cuando se habla de la forma poética, según las novísimas reformas y pretensiones.]

Sully Prudhomme, el poeta pensador, para algunos, como el citado Morice, demasiado *pensador* en sus versos, por ser poeta, para los más poeta filósofo de verdad, de intensidad y armonía, no es, con todo, un genio; no ha inventado grandes cosas, no se le debe ningún *temblor nuevo*; y, sin embargo, su obra es insustituible, no cabe prescindir de ella, faltaría algo esencial en la *evolución* de la poesía francesa del siglo XIX si se olvidara á Sully Prudhomme. Y éste también, además de sus versos, de sus *Epreuves, Solitudes, Vaines tendresses, Destins, Justice*, etc., etc., nos da un voluminoso *programa* estético en una obra de profundo estudio, de gusto, observación, alma y ciencia: *L'expression dans les beaux arts*, aplicación de la psicología al estudio del artista y de las bellas artes; verdadero tratado de estética en 420 páginas... Como estos poetas, podrían citarse otros muchos que en Francia, en Italia, en Inglaterra, representan estos dos caracteres que he señalado: una individualidad poderosa, intensa, que significa un *momento* importante de la vida artística de su país, y una obra reflexiva, de estudio, que acompaña á su inspiración como una especie de *interpretación auténtica* de esa misma obra artística. Leconte de l'Isle, aunque esté, en mi sentir,

á mayor altura que los antes citados en cuanto *genio parcial*, viene á dar una *sanción* científica á sus poemas con sus elegantes y sabias traducciones de Homero, Hesiodo, los trágicos y los líricos de la Bucólica helénica; traducciones que son de las pocas que pueden recomendarse tratándose de griego convertido en francés. Rapisardi, rival de Carducci en cierto respecto, acaba de traducir á Horacio. El malogrado Dante Gabriel Rossetti, poeta y pintor, jefe de grupo, defendía pocos años hace su pre-rafaelismo como poeta y como estético... En todas partes lo mismo; en todas partes, menos en España.

Aquí, después de los poetas, poquísimos, á quien todos reconocemos el título de tales, que lo seran de mayor ó menor vuelo, pero que lo son, y respecto de los cuales no hay para qué entrar en odiosas comparaciones, después de esos no hay nada. ¿Donde estan las figuras que dentro del movimiento romántico, ó del clasico, ó del reactivo, ó del realista, ó del naturalista, ó del simbolista, representen un modo original, un progreso en la perfección formal, una fecunda novedad rítmica, sugestiva de nuevas ideas poéticas, como pretende Banville que sean esta clase de novedades y restauraciones? ¿Dónde están esos *genios parciales*, aunque sea de menor cuantía, que acompañen á una original y potente nota propia en el arte el

producto de una reflexión seria, sistemática, ilustrada con la técnica correspondiente?—¡Ay! ¡Nuestras medianías no saben más que imitar, dándole siempre vueltas al mismo amaneramiento, al poeta de su predilección, ó por lo menos su protector y amigo; no escriben libros de ciencia estética; no piensan en la técnica de su arte; les basta con las reglas atropelladamente redactadas de las poéticas vulgares: han aprendido los *misterios* técnicos de la métrica en el *Instituto provincial*, y eso les basta; no han vuelto á pensar en las profundas y complicadas leyes del ritmo en su relación con la idea bella!—Y de los grandes problemas estéticos, ¿qué han dicho? ¿qué han pensado? Nada. Ni les importa. Todo se reduce á escribir *como* Campoamor, ó *como* Becquer, ó *como* Núñez de Arce, ó *como* Quintana ó *como* los traductores de los poetas clásicos ó de los modernos extranjeros. Y todo lo demás se lo toman ellos por añadidura. De crítica no hablan más que para maldecirla, para envolverla en a'egorías de la envidia... y exigirle alabanzas incondicionales. En otros países, la cuestión estético técnica de la poesía, la tratan principalmente los críticos poetas; aquí, nadie; á lo menos, los *poetas* no se acuerdan de ella. Y es que estos caballeros no son artistas, en resumidas cuentas; no están enamorados de la poesía, sino de la vanidad; quieren fama; no quieren el placer

sublime de descubrir misterios de la expresión bella.

Á tal clase de *medianías* no se la puede tolerar. Es argumento baladí, si en su favor se emplea, el de que no sólo se ha de leer y estudiar el genio. Es claro: hay muchas cosas buenas que no las ha dicho el genio, en poesía como en todo; pero nuestros poetas de orden intermedio (entre malo y peor) no han dicho nada de eso. No sienten, desean; desean renombre. Su palidez no es la huella del dios que visitó su mente; es la palidez de Casio, que porque nadó con César en el Tíber, sobre las mismas turbias ondas, ya quiere ser tanto como César. Tampoco meditan; cavilan cómo se puede sobornar á la fama.

Y si en todo tiempo, como Schopenhauer dice bien, hubo razones para no atender á los poetas medianos de tal índole, porque el vulgo, oyéndolos á ellos, deja de descubrir la voz del genio verdadero, pierde el tiempo y se llena de ideas bajas, nimias y sin nobleza, de prosa ruin y de tautologías necias, en vez de encontrar en el arte un *sursum corda*; hoy, más que nunca, importa *economizar* la atención del público, y emplearla tan sólo en recoger las notas escogidas por el buen gusto; las que sugieran una idea sublime, un consuelo dulce y hondo, la poesía de los verdaderos poetas, nada más, de los que tienen algo *esencial*

que decirle al alma cansada, dolorida, de este siglo caduco, que, á pesar de la prosa que le abruma, viendo la inutilidad de sus tesoros para su dicha, ya no busca más que una idea que le dé fortaleza y una canción que le arrulle al dormirse en el último sueño.

Porque... ya lo sabemos todos, hay muchos que anuncian el fin de la poesía, á lo menos de la poesía en verso; se la declara incompatible con la vida moderna, con la ciencia nueva, con la democracia. Se dice que comienza la autonomía de lo mediano y acaba la aristocracia de los espíritus superiores; que la ilusión científica viene á matar la ilusión artística; que el olor punzante de la amarga ciencia va á matar el beleño de la belleza soñada... Todo esto se dice; se invoca el gran nombre de Hegel; se invoca el veredicto de la severa ciencia positiva; hombres serios, sabios de veras algunos, ven en el verso una forma gastada de expresión, en la poesía misma un momento *ya vivido* del espíritu humano: un poeta español se quejaba no ha mucho de tales tendencias (el Sr. Núñez de Arce), en una protesta cuyas exageraciones y exclusivismos tenían la disculpa del dolor cierto y de las brutalidades de algunos contrarios... Si esto hay; si es necesario que la poesía se defienda con todas sus fuerzas, porque lucha *pro aris et focis*, porque el peligro es grande, no

puede renunciar á sus mejores armas y emplear las que no bastan á vencer al enemigo. Las mejores armas son... los grandes poetas; ella, la poesía, es una aristocracia, una flor de espíritu; su enemigo es la vulgaridad, la *democracia* igualitaria y el atomismo individual; y daría buena cuenta de las huestes poéticas si éstas fueran otra democracia también, el *tutti quanti* de los versificadores, los tópicos manoseados de la literatura académica ó populachera. La poesía sólo puede salvarse insistiendo en ser quien es: reconocer el estro de las medianías, es abdicar; hacer de la turbamulta un juez, ni siquiera un jurado de quien sea el crítico mero asesor, es profanar la poesía. Esos escritores que recomiendan el arte como una panacea, como algo que va á gustar á todos, como un revolucionario puede recomendar la república que él va á traer llena de felicidad y economías; esos escritores que hablan de la prosperidad de un pueblo cifrada en los muchos Fernández, Pérez y Gómez que allí entienden de rima, ó son cortesanos de esa *democracia* enemiga, ó son tontos que ni siquiera saben cuán grave y delicada materia pretenden manejar.

Los dioses, ha dicho Renan, se echan á perder cuando se van haciendo nacionales. Los *Elóhim* perdieron su grandeza cuando se convirtieron en *Iohua* (Jehová ó Iahvé), dios de Israel ante todo.

Pues la poesía es como los *elóhim* (es de su mismo *aliento*), y también pierde, sobre todo en nuestros días, cuando se la hace *nacional*, ó política, ó algo, en fin, exclusivo, utilitario, interesado y tangible. Si queréis que por fuerza, que por patriotismo, haya muchos poetas en un país donde no los hay, habréis salvado el decoro nacional...; pero no habrá poesía, y esos poetas, que hasta pueden figurar en la *Guía de forasteros*, no los leerá nadie, no consolarán á nadie, no verterán en los corazones el bálsamo de la ilusión, el ensueño de la esperanza.

Pero, en rigor..., no importa que haya quien llame poetas á los que no lo son. Al fin, ese vulgo enemigo de la poesía tiene también sus horas de sensiblerías, sus *regresos al ideal*; él también necesita poetas á su modo, poetas como él. Dejémosles, ya que tanto afán tienen de que se les llame lo que se llamó á Shakspeare. Si tanto insisten, entreguémosles el nombre. Sean ellos solos los poetas. Mas, en tanto, en otra parte, escondida y sola, rodeada de la discreta nube de que quiere circundarla un artista francés, la poesía servirá para los pocos espíritus capaces de sentirla y comprenderla, para los que pueden transigir con todo, menos con la invasión del arte por la multitud. Acaso el estado perfecto, el ideal de la mística ciudad poética, consista en venir á ser como una Atlántida sumergida, cuya existencia pasada lle-

gue á negar el mundo que ignora su realidad presente. Acaso lo mejor será que llegue un día en que la *ciencia* (!), la *prosa*, la *democracia* intelectual, la *poesía oficial*—pues seguirá habiéndola—crean que la poesía sueño, la poesía *aristocracia*, la poesía *solitaria*, la poesía sin *medianías*, sin *listas* de reclutas, ha muerto y está bien enterrada. Sí: cuando se piense que su patrimonio es una sepultura, nadie se lo disputará, y ya no querrán ser poetas los Sres. Gómez, Fernández, González..., ni habrá críticos nacionales y extranjeros que se lo llamen, llenos de candor ó llenos de malicia.